



rmbm.org



rmbm.org/rinconlector/index.htm

MANUAL PARA MUJERES DE LA LIMPIEZA



Lucia Berlin

Lucia Berlin

<http://www.lecturalia.com/autor/22362/lucia-berlin>

Lucia Berlin fue una escritora americana natural de Juneau, la capital del estado de Alaska, Estados Unidos. Nació en 1936 y murió en 2004, a los 68 años, afectada de un cáncer de pulmón que la mantuvo años pegada a un tanque de oxígeno.



Su niñez la pasó cambiando de hogar (Idaho, Montana, Arizona, Chile) dada la profesión de su padre, ingeniero minero. Se casó con su primer marido a los 17 años y estudió en la Universidad de Nuevo México con la pretensión de ser escritora o periodista. Allí conocería al poeta Edward Dorn.

En 1958 publicó sus primeros cuentos con el apellido de su segundo marido, Lucia Newton. Volvió a casarse en 1961, y adoptó el definitivo nombre de Lucia Berlin. Aunque también se separó pronto de Buddy Berlin, no volvió a casarse.

A los 30 años se había casado tres veces y tenía cuatro hijos, todos a su cargo. Para salir adelante trabajó de recepcionista, ayudante de enfermería o limpiadora, y muchas de estas experiencias se vieron reflejadas en sus cuentos. También su adicción al alcohol y los periodos en centros de desintoxicación.

En 1994 Dorn le ofreció trabajo en la Universidad de Colorado, donde impartió clases hasta que en 2001 tuvo que retirarse por un cáncer de pulmón.

Olvidada por un tiempo por la historia, el lanzamiento póstumo de **Manual para mujeres de la limpieza** la convirtió en una de las autoras más destacadas de 2015. Sin embargo, durante su vida publicó más de una decena de libros. El primero de ellos vio la luz en 1981, *Angels Laundromat*.

En 1991 se hizo con el premio American Book por *Homesick* y en 2015 fue finalista del Kirkus Price.

https://elpais.com/cultura/2015/11/27/actualidad/1448651122_702487.html

LA SEGUNDA VIDA DE LUCIA BERLIN

Creció entre Texas y Chile, estudió con Ramón J Sender, y una década después de su muerte se ha convertido en la nueva sensación literaria

ANDREA AGUILAR

Su vida transcurrió entre Alaska, Texas, Santiago de Chile, Nuevo México, California, Nueva York, DF y Colorado. Se apellidaba Berlin. De nombre, Lucia. Hablaba bien español. Publicó 77 cuentos, recogidos en media docena de libros. De los últimos se vendieron menos de mil ejemplares.

Lydia Davis, la cuentista estadounidense, escribe que siempre ha tenido fe en que los mejores escritores, más tarde o más temprano, subirán a lo más alto, como la espuma, y serán exactamente tan reconocidos como debieran. A ella —tildada durante años de "escritora de escritores"— le ha pasado y, ahora, parece que al fin llegó la hora de Lucia Berlin, aunque haya transcurrido más de una década desde su muerte en 2004 a los 68 años.

Unas semanas después de haber entrado en la mesa de novedades de las librerías estadounidenses, a mediados del pasado agosto, la colección de cuentos *Manual for Cleaning Women* se colocó en la lista de libros más vendidos. El volumen ha sido saludado con entusiasmo (y cierto remordimiento) por la crítica y cabe aventurar que será uno de los elegidos como los mejores del año. Los derechos ya han sido vendidos a media docena de países, y el libro saldrá en marzo en España (publicado por Alfaguara). Se especula sobre la edición de un volumen con su correspondencia.

Así que medio siglo después de que su autora empezara a publicar sus cuentos, allá por los sesenta en la revista *The Noble Savage* del escritor Saul Bellow, Berlin se descubre como la gran cuentista norteamericana, una suerte de Raymond Carver femenina, cuyo afilado e inesperado humor logra desdramatizar y hacer digerible la más cruda de las situaciones. En sus relatos hay enfermeras, profesoras, señoras de las limpiezas que ofrecen interesantes consejos ("coge todo lo que tu señora te dé y di gracias. Lo puedes dejar en el autobús, entre los

asientos"), también hay muchas botellas de bourbon, borracheras, adicciones, viajes a México, una abuela que pide que sus nietos se alejen como si fueran perros de presa. Las historias suceden en centros de desintoxicación, hospitales, casas familiares. La voz de Berlin, socarrona y tierna, se escucha de fondo: "No me importa contar a la gente cosas horribles si puedo convertirlo en algo gracioso", dice la narradora de uno de sus relatos. En otra de sus historias, mientras una hermana, al comprender la dura vida que llevó su despiadada madre, solloza pobrecita, la otra concluye: "Yo... no tengo piedad".

Lydia Davis y un grupo de devotos lectores como el poeta August Kleinzahler o el escritor Stephen Emerson han sido los grandes valedores de la cuentista rescatada por la editorial Farrar, Straus & Giroux. El apoyo de este sello ha ayudado a su recién estrenada popularidad, pero no resulta una explicación suficiente para entender el actual tirón de Berlin.

Claro que la belleza de la escritora, la oscuridad que ha rodeado su obra y su atribulada biografía (tres maridos, cuatro hijos, repetidos episodios de alcoholismo) contribuyen a alimentar su magnetismo y leyenda. Pero por encima de esto se impone su prosa, con un toque mestizo —con palabras intercaladas en español y el exótico punto de vista de una niña bien siempre dentro y fuera de lugar—, humorística sin caer en el desalmado sarcasmo, y con una calidez sureña que emana del disfrute mismo de narrar.



El éxito de Berlin quizá pueda enmarcarse dentro de la misma tendencia que ha impulsado el rescate y reconocimiento en el mundo anglosajón de la brasileña Clarice Lispector (también bella y exótica, original en su escritura y con una historia de quemaduras y reclusión). Otro caso reciente de feliz rescate sería el de la pintora colombiana Emma Reyes, cuya colección de cartas *Memoria por correspondencia*—en las que relata su paupérrima infancia— se convirtieron en un fenómeno editorial en Colombia en 2012 (publicadas este año por Asteroide en España, saldrán en inglés en Penguin Classics). Todas fueron mujeres con historias que no acababan de encajar en su momento. Berlin habla en uno de sus relatos de "la suspensión del tiempo", de la "multiplicidad de la escala temporal por la gradación de la luz y la oscuridad, del frío y de lo caliente". Quizá esto serviría como una explicación poética de la moda que ahora la rodea.

¿Pero qué fibra particular toca hoy Lucia Berlin? "Aunque la gente habla, como si fuera algo nuevo, de la autoficción, la narración de la vida propia, sacada casi sin cambios de la realidad, seleccionada y contada juiciosamente y con arte, es algo que Lucia Berlin ha estado haciendo desde el principio", escribe en la introducción del volumen de cuentos Lydia Davis. Y menuda biografía la de Berlin.

Hija de un ingeniero de minas, nació en 1936 en Alaska y se trasladó con su familia por distintos yacimientos en Idaho, Kentucky y Montana,

hasta que su padre marchó a la guerra en 1941 y ella, con su madre y hermana, fue a parar a casa de sus abuelos maternos en El Paso, Texas. Al final de la guerra la familia se instaló en Chile, donde Lucia creció como una niña bien. En la Universidad de Nuevo México, a mediados de los cincuenta, fue alumna del escritor Ramón J. Sender. A los 19 años se casó con un escultor. Cuando nació su segundo hijo, él ya se había marchado. A los 22 ya estaba casada de nuevo con un músico de jazz, Race Newton. Lucia le dejó por uno de sus amigos, el también músico Buddy Berlin, con quien marchó a México y que resultó estar *enganchado*—"en aquel momento yo no sabía qué significaba. Para mí heroína tenía una connotación agradable... Jane Eyre, Becky Sharp, Tess", escribe en uno de los relatos—. Buddy fue el padre de los otros dos niños de Berlin, y en 1968 se divorciaron. Crió a sus cuatro hijos sola, batalló contra el alcoholismo, padeció una dolorosa esclerosis desde niña, tuvo infinidad de empleos temporales. A principios de los noventa vivió en México con su hermana enferma y en 1994 finalmente empezó a dar clases en la Universidad de Colorado. Un cáncer de pulmón forzó su retiro, vivió un tiempo en una caravana y falleció en Los Ángeles, instalada en el garaje de la casa de uno de sus hijos.

Una vez Lucia escribió a un amigo sobre la cercanía que sentía por la obra de Carver: "Nuestros estilos vienen de nuestros orígenes (similares de alguna manera). No muestres tus sentimientos. No llores. No dejes que nadie te conozca... el control exquisito, bla, bla, bla".

<http://www.jotdown.es/2017/01/lucia-berlin-tan-cerca/>

LUCIA BERLIN, TAN CERCA

YAIZA SANTOS



Lucia Berlin en Albuquerque, New Mexico, 1963. Foto: Literary Estate of Lucia Berlin (DP).

El lector de *Manual para mujeres de la limpieza* (Alfaguara, 2015) sentirá el látigo, la chispa, el gozo que es **Lucia Berlin**. Una revelación — polisemia—: iluminación y descubrimiento. Este recopilatorio de sus cuentos, a cargo de su viejo amigo, el escritor **Stephen Emerson**, cuyo original salió en la editorial Farrar, Straus and Giroux en abril de 2015, lleva veintidós traducciones y fue la sensación del año pasado.

Lusía ha llegado a la popularidad cuando ya no puede verlo: murió en Los Ángeles en 2004, después de superar un cáncer, por las complicaciones de la escoliosis que padeció desde niña. Sin embargo, y aunque tuvo un eco minoritario, sí fue una escritora querida y admirada en vida. En total escribió, consigna Stephen Emerson, setenta y siete cuentos, la mayoría de ellos repartidos en media docena de títulos que se publicaron entre 1980 y 1999. Así que otra manera de verlo es que la popularidad llegó tarde a Lucia Berlin: su talento existió siempre y algunos tuvieron la suerte de disfrutarlo cuando aún podían decírselo.

Lucia Berlin estaba tan cerca que solo existía entre nosotras una amiga de separación: la bailarina y coreógrafa mexicana **Andrea Chirinos** era una de sus sobrinas. Las hermanas **Chirinos Brown**, hijas de **Molly Brown**, hermana de quien fue Lucia Brown antes de casarse —lo hizo tres veces y, aunque se separó, conservó siempre el apellido de su último marido, el músico **Buddy Berlin**.

Aunque Andrea insiste en que su tía cambiaba las situaciones reales, que lo que contaba no pasó exactamente así, que los personajes no son las personas que los inspiraron, es la propia Lucia Berlin quien reconocía

nutrirse de los hechos que le acontecieron. «Exagero mucho, y a menudo mezclo la realidad con la ficción, pero de hecho nunca miento», dice la voz narradora de «Silencio».

Como profesora de literatura en la Universidad de Colorado, Berlin insistía a sus estudiantes en la «verdad» que había de latir en toda escritura. En una entrevista realizada en 1996 por dos alumnos, **Kellie Paluck** y **Adrian Zupp**, publicada por primera vez el pasado septiembre en la página *Literary Hub*, declaraba: «Solo escribo lo que me parece que parece verdad. Emocionalmente verdad. Cuando hay verdad emocional, a continuación sigue el ritmo, y creo que la belleza de la imagen, porque ves con claridad. Por la sencillez de lo que ves».

Sirvan sus palabras para acreditar que la vida de Lucia Berlin puede rastrearse a través de sus cuentos, que la crítica ha comparado con **Raymond Carver** o **James Salter**, quienes por cierto la conocieron y leyeron.

No fue una vida ordinaria. Nacida en 1936 en Alaska, por el trabajo de su padre, ingeniero de minas, vivió en sitios tan dispares como Idaho, Kentucky, Montana o Santiago de Chile, donde aprendió español. Su cuna sin penurias económicas y sus estudios en la Universidad de Nuevo México —le dio clase **Ramón J. Sender**— no impidieron su posterior trayectoria bohemia: tres matrimonios y posteriores divorcios con hombres problemáticos y drogadictos, cuatro hijos —**Mark** y **Jeff** de su primer marido, **David** y **Daniel** del tercero, amigo del segundo, dicho sea de paso—, múltiples y variopintos empleos para mantenerlos, alcoholismo arrastrado durante años y finalmente superado.

Dentro de su obra, México alberga un lugar especial. Desde la frontera en El Paso, donde vivió de niña con su familia materna, texanos racistas, hasta los meses que pasó junto al lecho de muerte de su hermana Molly, pasando por la temporada que vivió en Puerto Vallarta con Buddy Berlin o la aventura que tuvo con un buceador de Zihuatanejo, sus pasos en este país se pueden seguir en «Toda luna, todo año», «Penas», «Triste idiota», «Panteón de Dolores», «Mamá» o «Espera un momento».



Lucia Berlin en Oaxaca, México, 1964. Foto: Literary Estate of Lucia Berlin (DP).

Andrea Chirinos está aquí para confirmarlo. Desgrana anécdotas de su tía adorada de la época en que vivió con ella en San Francisco, adonde fue a estudiar danza con dieciocho años, y de la que pasó Lucia en la Ciudad de México, con Molly ya muy enferma, entre 1991 y 1992. El mínimo cuartito que le construyeron con pared de cartón yeso junto a la cama de Molly —«I'm going to my little nest», decía cada noche antes de dormir—, que pronto decoró con pósteres de escritores admirados —**Samuel Beckett**, por genio; **Carlos Fuentes**, por guapo—. Las hermanas Brown se reencontraron después de haber llevado siempre una relación distante. A Molly la desheredaron sus padres por haberse casado con un mexicano. Entonces no sabían que ese mexicano llegaría a ser gobernador de Veracruz ni que les acabaría mandando dinero, pero de cualquier manera, la madre, **Mary Magruder**, nunca la perdonó.

Andrea enseña, para fetichismo de la lectora que se lo pide, algunas fotos de ese tiempo, cuando Lucia tenía cincuenta y cinco o cincuenta y seis años. La escritora en la Plaza México, en los toros, adonde le gustaba ir con su sobrina **Mónica**, hermana de Andrea. Lucia sentada en un sofá junto a Andrea adolescente, que lleva media cabeza rapada y fuma insolente con una pierna sobre un amigo de su madre. Lucia en Cuernavaca, con una chaqueta color buganvilia —«le gustaba vestir de ese color, era muy suyo»—, radiante, con un ramo de rosas en la mano. La mirada azul, la sonrisa abierta, su rostro conservando la belleza que la caracterizó de joven. Hay dos instantáneas muy simpáticas de Lucia y Molly disfrazadas de punks, como vestían las jóvenes de la casa. Molly, sin pelo por el tratamiento de quimio, lleva una peluca como de

mohicano y está dentro de una bañera vacía, mientras sostiene una litrona y un cigarro; Lucia es clavada a **Robert Smith**.

«Cuando lo paso mal, la tomo de parámetro», dice su sobrina. La recuerda siempre «muy segura y muy feliz», a pesar de todo por lo que pasó, de las enfermedades, del dolor, de la vejez. «Tenía mucho sentido del humor», dice Andrea; «y se tomaba muy bien, por ejemplo, envejecer. Decía resignada *I'm not the cute one anymore* mirándose al espejo». Lucia corría a arreglarse cuando llegaban a casa los amigos de las sobrinas. Frecuentaba esas reuniones un joven estudiante de letras inglesas, **Carlos Cuarón**, entonces novio de Andrea, hoy autor de un buen puñado de éxitos cinematográficos, entre ellos *Sólo con tu pareja* (1991), *Y tu mamá también* (2001) o *Rudo y cursi* (2008).

Carlos cuenta que hicieron clic de inmediato. Tiempo después, él y su hermano **Alfonso** hicieron un *road trip* a Estados Unidos y recalaron unos días en casa de Lucia, en San Francisco. «Yo tendría veintiún o veintidós años, y Alfonso cinco años más», rememora. «Si ya antes había habido una conexión, a partir de ahí fue más grande todavía». Lucia les dejó su dormitorio a los hermanos y estos descubrieron avergonzados a la mañana siguiente que ella, con la escoliosis que ya le deformaba la espalda llamativamente, había dormido en el suelo del comedor. «Habla de la persona que era, supergenerosa». Curiosamente, uno de los hijos de Lucía, David, trabajó después con Alfonso Cuarón y **Luis Estrada** en sendos guiones de Alfonso Cuarón y de Luis Estrada que nunca llegaron a llevarse a cabo.

Berlin y Carlos Cuarón mantuvieron durante muchos años una nutrida relación epistolar, en la que Lucia fue una maestra. Algo de ese talante didáctico está en «Punto de vista» o «Querida Conchi». Lucia le descubrió a Carlos, en fin, los cuentos de Carver y, sobre todo, los de **Chéjov**, ángeles tutelares bajo los cuales ella se enmarca. «Lucia es una especie de Carver femenina», concede Cuarón, «pero con dos grandes diferencias. Una es cultural: Carver es muy gringo y Lucia, irónicamente, muy cosmopolita, por la vida que le tocó vivir. Y otra gran diferencia es que Carver no tiene la compasión que sí tiene Lucia». A pesar de la dureza de su itinerario vital, de todos esos trabajos extravagantes que tuvo que desempeñar para sacar adelante a su prole, no albergaba resentimiento hacia la vida. Al contrario, dice Carlos, abundando en lo que dice Andrea: «Le gustaba ser feliz».

Durante aquel viaje de juventud entraron un día en una librería de segunda mano y, cuál no fue su sorpresa, se encontraron el primer libro de Lucia, *Angel's Laundromat*, por tres dólares. Estaba feliz porque pudo regalárselo a Carlos, pero desconcertada por encontrarse a sí misma hecha un saldo. «¡Qué vergüenza!», escribió en español, señalando el precio. ¿Le preocupaba a Lucia la fama? «Ella me decía mucho que el escritor escribe y del escritor no depende el éxito», dice Cuarón. «Y me ponía de ejemplo sus libros».

«Cuando escribes quieres que alguien lo lea, claro que sí», había declarado Berlin en la entrevista con Paluck y Zupp. «Es como contar un chiste: quieres que alguien se ría». ¿Le importa que su obra se lea en las décadas por venir?, le preguntaron sus estudiantes. «Sí. Por alguna razón parezco muy modesta, porque no me importa el dinero o la fama o las reseñas del *New York Times* ni nada de eso. Pero me encanta la idea de que me lean dentro de mucho tiempo», contestó Lucia. «Me encanta la idea de que una niñita entre en una librería un día y descubra uno de mis libros. Así que en algún sentido, soy *realmente* ambiciosa».

<http://www.lavanguardia.com/cultura/culturas/20160312/40373030002/culturas-lucia-berlin-mujer-limpieza-escritora.html>

LUCIA BERLIN: MUJER DE LA LIMPIEZA, GRANDÍSIMA ESCRITORA

La revelación de las letras estadounidenses del año 2015 es una autora fallecida en el año 2004: Lucia Berlin. La recuperación de una antología de sus relatos, bajo el título *Manual para mujeres de la limpieza* (que llega a nuestras librerías la próxima semana), ha obtenido el elogio unánime de la crítica y varios reconocimientos como libro del año.

LAURA FREIXAS

Cuando, cerrado el siglo XX, parecía cerrada también la lista de los grandes cuentistas norteamericanos del siglo: Scott Fitzgerald, Ernest Hemingway, Truman Capote, Paul Bowles, Raymond Carver, Alice Munro, Lydia Davis... he aquí que aparece un nombre nuevo, con una obra escasa –setenta y siete cuentos en total– pero que deslumbra a todos y conquista sin disputa un lugar entre los grandes. Se trata de Lucia Berlin, fallecida en el 2004, y de quien, hasta entonces, casi nadie había oído hablar. Ciertamente, había publicado algunas cosas en vida: sus primeros cuentos datan de los años sesenta, cuando Lucia, nacida en Alaska en 1936, rondaba la treintena; algunos vieron la luz en revistas,

su primer libro (*Angels Laundromat*) data de 1981, y publicó otros cinco hasta su muerte, siempre en pequeñas editoriales. Pero sólo el año pasado, concretamente en agosto del 2015, “uno de los secretos mejor guardados de América” (en palabras de un crítico) salió a la luz. Pues uno de los sellos más poderosos de EE.UU., Farrar Straus and Giroux, publicó *Manual para mujeres de la limpieza / Manual per a dones de fer feines*, una selección de sus mejores cuentos (que llega a España en castellano de la mano de Alfaguara, en una excelente traducción de Eugenia Vázquez Nacarino y en catalán por L’Altra Editorial, con traducción de Albert Torrescasana, en librerías el día 16).

Para sorpresa de propios y extraños el libro se situó nada más salir en el segundo puesto de la lista de los más vendidos del *The New York Times*. En pocas semanas había vendido más de lo que vendieron, a lo largo de treinta años, todos sus libros anteriores juntos; y aunque, por no estar viva su autora o por tratarse de obra publicada con anterioridad, no pudo recibir ninguno de los grandes premios, sí fue incluido en la lista de los mejores libros del año de las principales revistas y suplementos literarios del país. Pero ¿quién fue Lucia Berlin?

Muchas cosas. Y esa es una de las claves que explica la riqueza, la variedad de sus cuentos. Lucia era hija de un ingeniero de minas y de una mujer fría, racista y alcohólica (así la describe en muchos de sus relatos). Pasó su infancia de ciudad minera en ciudad minera en Idaho, Montana y Arizona. Luego, su padre se fue a la guerra y Lucia, su madre y su hermana se quedaron en El Paso (Texas), donde Lucia asistió, becada, a un colegio de monjas, en el que era la única protestante; además, como su madre prefería la botella a sus hijas, Lucia vivía prácticamente con la familia siria de al lado (lo narra en el cuento *Silencio*). Tuvo, como puede verse, muchas oportunidades para observar las diferencias culturales por religión u origen social o geográfico, e incluso para imaginar qué habría sido su vida en otra comunidad, por ejemplo, si su familia hubiera muerto en un terremoto y ella se hubiera quedado a vivir con los amigos sirios (*Volver al hogar*).

Con la adolescencia vino una nueva mudanza, a Santiago de Chile, y con ella, una metamorfosis: de niña estadounidense de clase media sin más, Lucia se encontró convertida en una señorita de la clase alta chilena, alumna de un exclusivo colegio privado, que dividía su tiempo, los fines de semana, entre las fiestas de la alta sociedad, con baile y cenas de seis platos, y visitas a los vertederos y chabolas en compañía de una

profesora norteamericana, medio misionera, medio revolucionaria (el cuento en el que lo narra, Buenos y malos, es magistral, y el personaje de la profesora, inolvidable). Estudió después –quería ser escritora, o periodista– en la Universidad de California, donde entre otros, tuvo como profesor a Ramón J. Sender.

Varios traslados (“debo llevar unas doscientas mudanzas a cuestras”, dice en uno de los cuentos), bodas, divorcios e hijos después, encontramos a Lucia en Nueva York, viviendo, por falta de recursos económicos, en un edificio de oficinas, donde se apaga la calefacción de noche: era todo supuestamente alegre, despreocupado y liberal, con mucho jazz, nomadismo, sexo y copas (el tipo de vida retratado por Kerouac o Ginsberg). Pero Lucia y sus dos hijos tenían que dormir vestidos con ropa de esquí. El padre, como tantos en esa época de una libertad sexual recién estrenada cuyas consecuencias, sin embargo, pagaban ellas más que ellos, había hecho mutis por el foro.

A los treinta y dos años, Lucia Berlin tenía en su haber tres matrimonios deshechos, cuatro hijos a su cargo y un alcoholismo con el que lucharía toda la vida... Eso sin contar con problemas de salud graves y crónicos: doble escoliosis, que la había obligado a llevar un corsé ortopédico durante años, problemas respiratorios... Lo que no tenía era una profesión, ni ingresos regulares. De modo que tuvo que ponerse a trabajar en lo que pudo: recepcionista en la consulta de un ginecólogo, ayudante de enfermería en la sala de urgencias de un hospital, e incluso mujer de la limpieza (aunque le costaba encontrar empleo porque las señoras, explica, desconfían de las candidatas “instruidas”). Todo ello y más (su paso por centros de desintoxicación, sus frecuentes visitas a México, donde vivía su hermana...) lo refleja en sus relatos, cuyo valor radica en esa amplia gama de experiencias, muchas de ellas raramente abordadas en literatura –pocas escritoras o escritores han trabajado atendiendo a enfermos terminales o limpiando casas–, pero sobre todo en la voz de la autora. Una voz, como señala Lydia Davis en su prólogo, irresistiblemente cálida, cercana, hecha de espíritu de observación, empatía, alegría de vivir, humor: “No me importa contarle a la gente cosas terribles si puedo hacerlas divertidas”, apunta ella misma. Sus modelos eran Chéjov, por la humanidad, Katherine Mansfield, por la capacidad de encontrar belleza hasta en lo más vulgar, Paul Bowles, por su agudeza en percibir y entender las diferencias culturales...

Hacia el final de su vida, Berlin obtuvo cierto reconocimiento como escritora. La Universidad de Colorado la invitó a dar clases de creación literaria en Boulder. No fue una gran solución económica (vivía en una caravana), pero le dio la oportunidad de añadir una pieza más, muy distinta a las otras, al puzle de sus experiencias vitales: “Este debe ser el pueblo más sano de todo el país. En las fiestas universitarias o en los partidos de fútbol no se bebe. Nadie fuma, ni come carne roja o donuts bañados de azúcar. Puedes ir solo por la calle de noche, salir de casa sin cerrar las puertas con llave. Aquí no hay bandas y no hay racismo. Tampoco hay muchas razas, de hecho” (

Lucia Berlin se trasladó, finalmente, a un garaje acondicionado como vivienda junta a la casa de su hijo, en Los Ángeles. Murió el día en que cumplía 68 años. Con un libro en la mano, y sin sospechar que la edición póstuma de su obra iba a traerle, por fin, la consagración que merece.



<http://www.elperiodico.com/es/ocio-y-cultura/20160322/lucia-berlin-recuperacion-postuma-cuentos-4989519>

LUCIA BERLIN, LA ESCRITORA ELÉCTRICA

El éxito póstumo de la autora de relatos norteamericana, ninguneada en vida, devuelve una escritora tan certera como Raymond Carver

ELENA HEVIA

Descubrir a un autor excelente al que ni críticos ni lectores hicieron el menor caso en vida ya da para el 50% de una campaña de promoción.

Lucia Berlin, escritora norteamericana nacida en Juneau, Alaska, en 1936, fallecida oscuramente en el 2004 mientras se alojaba en el garaje de la casa de uno de sus cuatro hijos, alcohólica, hija y nieta de alcohólicos, y autora de 77 relatos en su gran mayoría memorables, se merece un porcentaje superior para alcanzar la gloria póstuma.

La constatación es 'Manual para mujeres de la limpieza' / 'Manual per a dones de fer feines' (Alfaguara / L'Altra) que reúne 43 de esos cuentos en los que se percibe su particular capacidad para transmitir la vida sin filtros, de mostrar fragmentos de realidad sin redobles de tambores, subrayados ni especiales iluminaciones. Comprendida ahora mejor que en su momento, una especie de justicia poética ha querido que su libro fuera uno de los más vendidos del pasado año según la lista del 'New York Times' y que formara parte de casi todas las listas de los mejores libros del año, convirtiéndose en un fenómeno editorial.

La principal valedora de Berlin ha sido otra gran cuentista, Lydia Davis, que junto a Barry Gifford y Michael Wolfe emprendió una especie de cruzada para su recuperación en la editorial Farrar, Strauss and Giroux, cuando ya nadie se acordaba de ella. Y para apreciar la consideración de Davis, un nombre no demasiado popular, solo hay que recordar que en las esferas universitarias norteamericanas cuando se nombra a Paul Auster suele decirse que él fue el primer marido de Davis. "Las historias de Lucia Berlin son eléctricas, vibran y chisporrotean como unos cables al tocarse. Y la mente del lector, seducida, fascinada, recibe la descarga, las sinapsis se disparan. Así nos gusta estar cuando leemos: con el cerebro en funcionamiento, sintiendo latir el corazón", define Davis. La prosa de la escritora es tan escueta y veloz como la de Raymond Carver, con un importante añadido. Berlin, buena lectora de Chéjov, tiene una ligereza propia, un elegante y único sentido del humor frente a las situaciones más duras y sórdidas. "No me importa contar cosas terribles si puedo hacerlas divertidas" cuenta la narradora de una de sus historias.

VARIACIONES EN PRIMERA PERSONA

La dura existencia de la autora es la cantera en la que Berlin se dedicó a picar piedra para sus relatos. Había invención, claro está, pero en sus cuentos siempre resuena su biografía, a modo de variaciones. Primero está la infancia, siguiendo el rumbo errante del padre, ingeniero de minas que llevaría a la familia de Alaska a El Paso para recalar en Santiago de Chile -Berlin sabía castellano, un idioma que salpica sus

cuentos, y de hecho, en su también errante vida adulta vivió un tiempo en México-. Con su madre, fría y conflictiva, siempre se llevó mal y es una figura que aparece insistentemente en sus historias. "Mamá odiaba la palabra 'amor'. La decía con el mismo desprecio que la gente dice la palabra 'furia'", escribió en el sobrecogedor relato 'Mamá', en el que dos hermanas evocan a su alcohólica y poco maternal madre y compiten por el hecho de que esta dedico su nota de suicidio tan solo a una de ellas.

A los 32 años ya llevaba tres matrimonios fracasados y cuatro hijos. El relato 'Hasta la vista' da cuenta cómo se fueron a pique sus dos últimos matrimonios. El tercero fue con el músico de jazz y drogadicto Buddy Berlin, de quien adoptó el 'nomme de plume'. Así que para sacar adelante a los niños, con una escoliosis que le obligaba a llevar pesados corsés, y sin una cualificación profesional concreta, no tuvo más remedio que dedicarse a los más variopintos trabajos, como enfermera de urgencias, telefonista, recepcionista en hospitales, mujer de la limpieza –claro está- y, finalmente, profesora de escritura en distintas universidades, e incluso en un centro penitenciario. Y lo más difícil, poner a raya su alcoholismo que la acercaba sin remedio a las debilidades más odiadas de su madre.

Publicó su obra, seis libros de relatos, prácticamente entre los años 60 y 80, siempre en pequeñas editoriales, y los primeros en una revista que dirigía Saul Bellow. Y aunque en 1991 'Homesik', una selección de sus historias, logró el American Book Award, nunca llegó a prender la llama del gran público y cayó en el olvido. Por suerte, el tiempo acaba siendo el mejor crítico y hoy los cuentos de Berlin aparecen tan duros brillantes y eléctricos como si se hubieran escrito ayer por la tarde.

<https://lecturassumergidas.com/2016/10/30/asi-es-lucia-berlin-intensa-y-verdadera/>

ASÍ ES LUCIA BERLIN: INTENSA Y VERDADERA.

EMMA RODRÍGUEZ

Caí rendida ante Lucia Berlin muy pronto. Ya en el primer cuento de *Manual para mujeres de la limpieza*, el que lleva por título *Lavandería Ángel*, cuando leí la frase: “Vi hijos y hombres y jardines en mis manos”. El libro llevaba esperándome algún tiempo, tan llamativo con su portada naranja y su no menos provocador eslogan inscrito en un llavero: “En la

profunda noche oscura del alma las licorerías y los bares están cerrados”, fragmento tomado de otro de los relatos, *Inmanejable*. En cuanto lo vi supe que acabaría leyéndolo. Qué simple y acertado diseño. Enhorabuena a los responsables del mismo por saber ver que en ocasiones no hace falta ningún elemento más para llamar la atención, que basta con la fuerza de las palabras.

Si soléis frecuentar páginas y suplementos literarios habréis oído hablar ya de Lucia Berlin (Alaska, 1936- Los Ángeles 2004) y del fenómeno literario en que se ha convertido tiempo después de su muerte, cuando su obra se ha vuelto a poner en circulación, llamando la atención de la crítica y llegando hasta el gran público gracias al empeño de un grupo de escritores y apasionados admiradores, liderado por su amigo, el escritor Stephen Emerson, quien firma la introducción y el epílogo de la reciente edición recopilatoria de su obra, publicada en nuestro país por Alfaguara, en compañía de un entusiasta prólogo de Lydia Davis, otra singular, muy recomendable, escritora de la que ya os he hablado en “Lecturas Sumergidas”, que se carteó con nuestra protagonista, aunque no llegó a conocerla cara a cara, y fue consciente, a través del cruce de misivas, de la fuente verdadera de la que brotaban sus narraciones.

“Las historias de Lucia Berlin son eléctricas, vibran y chisporrotean como unos cables pelados al tocarse”, dice Davis, quien también nos avisa de que una vez dentro de sus relatos llegamos a olvidar lo que estábamos haciendo, dónde estábamos e incluso quiénes somos. La autora analiza el estilo de Berlin, encuentra en ella similitudes con un maestro eterno, Chéjov, en el desapego, la compasión y la economía de medios de sus narraciones, y recuerda que ésta, siempre a la búsqueda de autenticidad, le dijo una vez a uno de sus alumnos que tratara de no ser ingenioso, que no era eso lo más importante.

Es enriquecedora, interesantísima, la lectura que hace Lydia Davis, su intento de descifrar los resortes mágicos de una escritura sin igual, de un trayecto condensado en setenta y seis cuentos. Merece mucho la pena conocer los detalles de la biografía de una mujer que convirtió su vida en el material de fondo de sus historias, de la mano de Stephen Emerson. No puedo dejar de transcribir aquí algunos de los detalles, de las claves, que ofrecen ambos autores, y, seguramente, a lo largo de este texto recurriré más de una vez a sus impresiones, pero lo que me propuse en este viaje, como hago siempre que una obra consigue

atraparme, fue encontrar mis propios caminos y emociones, abrir un diálogo particular, en la medida de lo posible libre, incontaminado, aunque atento a los ecos, a las similitudes, de otros acercamientos. ¿Qué es lo que me dice a mí Lucia Berlin? ¿Por qué su voz me llega y me resulta tan cercana? ¿Por qué convierto en favoritas, en imprescindibles, determinadas piezas que tal vez pasan desapercibidas para otros lectores?



Eso es lo que siempre me resulta fascinante: comprobar los múltiples senderos que abre la literatura, la comunicación íntima, compleja, que se entabla, personal y a la vez colectiva, en soledad y al mismo tiempo en compañía, porque lo que recibimos de una manera tan directa está llegando al mismo tiempo a muchas más personas, tocando otros corazones. Hay una conexión, un abrazo, una red invisible que nos une, que nos convierte en cómplices. No sé si logro explicarme del todo... El caso es que yo he buscado a Lucia Berlin y quiero compartir esa búsqueda con quienes ahora leéis este texto, animándoos a encontrar vuestros propios cauces de comunicación con ella.

Intensa, caudalosa, desequilibrada... Así fue la existencia de Berlin, como la corriente de un río salvaje, imprevisible, indomable. De sus vaivenes da cuenta, desde la cercanía, Stephen Emerson, quien parte de los paisajes de Alaska, donde nació la autora. Su padre trabajaba allí, en los asentamientos y pueblos mineros de Idaho, Kentucky y Montana.

El viaje, los desplazamientos, los cambios, la necesidad de adaptarse una y otra vez, marcaron desde un principio el trayecto. A Alaska siguió la geografía de El Paso, en Texas, a donde hubo de trasladarse en 1941, a los cinco años, con su madre y su hermana pequeña, cuando Estados Unidos entró en guerra y su progenitor partió para el frente. Y después fue Santiago de Chile, donde la familia vivió años de bonanza, integrada en la alta sociedad. *“En Santiago”, nos dice Emerson, “asistió a cotillones y bailes de gala, le pidió fuego al príncipe Alí Khan para fumar su primer cigarrillo, acabó la escuela y ejerció de anfitriona por defecto en las reuniones de sociedad de su padre”, porque “la mayoría de las noches, su madre se retiraba temprano con una botella”.*

El alcoholismo es una constante en la vida de la escritora. Su abuelo, su tío, su madre, fueron alcohólicos, y ella misma hubo de librar una dolorosa lucha contra la adicción. En sus relatos habla de esa fatal dependencia, de los paseos desesperados en busca de una botella en la madrugada, de las curas de desintoxicación, de la sensación de culpa, de la marginalidad. Sentirse diferente, fuera de lo convencional, es otro de los rasgos que definen a la creadora. Tanto en su devenir existencial como creativo Lucia Berlin siguió el caudal de sus impulsos, hizo caso a los latidos de su corazón, atravesó como pudo los obstáculos que se fue encontrando por el camino desde un principio, empezando por la hostilidad de su madre, por el rechazo de compañeras de colegio que la veían como un bicho raro con el corsé ortopédico de acero que hubo de llevar desde muy pronto debido a una grave escoliosis que, ya en su etapa final, afectó a sus pulmones y la obligó a vivir con un tanque de oxígeno en la espalda.

Su vida amorosa fue agitada. Se casó tres veces y tuvo cuatro hijos. Capaz de disfrutes y tormentos, tomó lo que la vida le daba intensamente y adoptó decisiones arriesgadas, impetuosas, que conocemos por lo que cuentan de ella amigos, conocidos y especialistas, pero, sobre todo, por las experiencias y emociones de las que dejó constancia en sus escritos. *“Entre 1971 y 1994 vivió en Berkeley y Oakland, California. Trabajó como profesora de secundaria, telefonista en una centralita, administrativa en centros hospitalarios, mujer de la limpieza y auxiliar de enfermería a la par que escribía, criaba a sus cuatro hijos, bebía y finalmente ganaba la batalla al alcoholismo. Pasó buena parte de 1991 y 1992 en Ciudad de México, donde su hermana estaba muriendo de cáncer. Su madre había fallecido en 1986, un posible suicidio”,* leemos el apunte biográfico sobre la autora de Stephen

Emerson, que estrechó fuertes lazos de amistad con ella en los años que pasó en la localidad de Boulder, cercana a la Universidad de Colorado, donde disfrutó por fin de algo de tranquilidad y armonía, entregada a la enseñanza (ya retirada, en 2001 se trasladó a Los Ángeles, animada por sus hijos que vivían allí. Fue su escenario final).

Hasta aquí la nota biográfica, pero vayamos a los cuentos de Lucia Berlin. En ellos está todo, todo lo que vivió y todo lo que conoció y aprendió a lo largo del camino. Sus vivencias son el barro que la autora moldea a su gusto a través del filtro de la ficción. Berlin quita y añade materia, forjándose a sí misma como figura central, como fuente de la que todo mana. Berlin recrea situaciones e inventa, poniendo notas de humor a los hechos más demoledores, engrandeciendo con imágenes poéticas, bellísimas, lo banal, quitando hierro a las asperezas de la vida. De ese modo estremece y al mismo tiempo consuela.

A su lado constatamos que, pese a lo terrible de la existencia, no debemos renunciar a sus momentos de luz, de revelación, de belleza. Somos conscientes de la importancia que tiene resistir los embates del mar embravecido, estar siempre atentos, no dejar de esperar, de mirar, de aprovechar los momentos, de encontrar los sentidos, de percibir la imprevisibilidad de las cosas (lo fortuito; lo fugaz) y también lo imaginable, lo que no puede suceder de otro modo. Hay un relato muy revelador, el último del volumen, que condensa muy bien todo esto que intento haceros llegar. Se trata de *Volver al hogar*, donde la narradora se sienta en el balancín del porche de entrada a su casa, con su “tanque de oxígeno portátil a esperar la luz del atardecer” y se da cuenta de que un arce cercano se llena de cuervos.

A partir de ahí empieza a plantearse preguntas sobre los hábitos de las aves y se asombra de haber sido testigo de la escena por casualidad, ya que normalmente, a esas horas, solía ponerse en la parte trasera del domicilio. “Lo que me preocupa”, reflexiona entonces “es que los descubrí solo por azar. ¿Qué más me he perdido? ¿Cuántas veces en mi vida he estado, digámoslo así, en el porche de atrás y no en el de delante? ¿Qué me habrían dicho que no alcancé a escuchar? ¿Qué amor pudo haberse dado que no sentí?”

En esta maravillosa narración, que es una especie de autorretrato, de recuento final de su modo de vivir, de padecer y de entender la existencia, la escritora se plantea preguntas y nos las formula, porque,

como en otras ocasiones, sus relatos se convierten en diálogos y su voz suena próxima, amigable, cómplice. En *Volver al hogar*, después de las interrogaciones, Berlin prosigue: *“Son preguntas inútiles. La única razón por la que he vivido tanto tiempo es porque fui soltando lastre del pasado. Cierro la puerta a la pena al pesar al remordimiento. Si permito que entren, aunque sea por una rendija de autocompasión, zas, la puerta se abrirá de golpe y una tempestad de dolor me desgarrará el corazón...”* Y más adelante señala: *“Todo lo bueno o malo que ha ocurrido en mi vida ha sido predecible e inevitable, en especial las decisiones y los actos que han garantizado que ahora esté completamente sola”*.

Así es, así escribe esta mujer, de forma absolutamente sincera, *“implacable, sin contemplaciones, y aún así la brutalidad de la vida siempre queda aplacada por su compasión ante la fragilidad humana, por la inteligencia y la agudeza de esa voz narrativa, y su fino sentido del humor”*, nos dice Lydia Davis. Si algo derrocha su literatura es verdad. Si algo me llama la atención es su capacidad para hablar de las experiencias que conoce sin pudor, desde dentro, desde lo vivido. Los viajes, los amores, los padecimientos, los rechazos, los trabajos de miseria, los conflictos con los hijos, con la hermana... Todo lo que cuenta Berlin ha sucedido de alguna manera, pero, además, ella se ha permitido elevarlo, agitarlo, atenuarlo, vapulearlo a su antojo, como decía antes. Todos los materiales los tiene a mano, no necesita mirar lejos. Todo está a tiro de piedra, en sus pasos sobre las aceras, en sus percepciones de los paisajes que ama, en sus aullidos de placer, en sus gritos, en su manera de maldecir y de querer, de dejarse querer.

Davis recurre a una declaración muy significativa de uno de los hijos de Lucía Berlin sobre su proceso creativo: *“Mi madre escribía historias verdaderas: no necesariamente autobiográficas, pero por poco (...) Las historias y los recuerdos de nuestra familia se han ido modelando, adornando poco a poco, hasta el punto de que no siempre sé con certeza qué ocurrió en realidad. Lucía decía que eso no importaba: la historia es lo que cuenta”*.

La propia autora nos ofrece en sus piezas pistas sobre su forma de entender el trabajo literario. *“Exagero mucho, y a menudo mezclo la realidad con la ficción, pero de hecho nunca miento”*, confiesa en *Silencio*, la historia de una niña callada, solitaria, sin apenas amigos debido a vivir en pueblos mineros de montaña y mudarse demasiado a menudo de ubicación. Cuando se traslada a Texas con su madre, esa

niña, que llevaba un aparatoso corsé para corregir su columna (los datos reales son evidentes) encuentra por fin a una amiga y se siente querida e integrada en su entorno, pero acaba rompiendo una promesa que hará que la pierda.

“Nunca he vuelto a tener una amiga como Hope, mi única amiga de verdad. Poco a poco empecé a formar parte de la familia Haddad. Creo que de no haber vivido esa experiencia, de mayor no solo habría sido una mujer neurótica, alcohólica e insegura, sino además con graves trastornos mentales. Chalada”, leemos en este relato donde Berlin nos ofrece otra de sus claves: *“No me importa contar cosas terribles si consigo hacerlas divertidas”*, frase de su protagonista cuando se refiere a lo mal que lo pasa en el colegio. Y en otro de los textos, *Temps perdu*, leemos: *“Siempre he sido buena para escuchar. Esa es mi mejor cualidad”*.

Así es, así escribe esta mujer, que traza puentes entre unos cuentos y otros, hilvanando recuerdos, acontecimientos, repitiendo motivos, circunstancias, fragmentos de memoria que aparecen aquí y allá, bajo diferentes focos, de modo que en ocasiones nos da la impresión de estar pasando las páginas de un diario, de ir abriendo puertas que nos conducen a los mismos lugares, pero iluminados de forma diferente, según el paso del tiempo, de los días, de las estaciones.

Es tan auténtica, tan dura en su sinceridad y tan vulnerable, Lucia Berlin, que nos desarma. Como dice Lydia Davis al leerla nos olvidamos de todo lo demás, hasta de dónde estamos. Sus relatos son adictivos y, pese a la unidad que les confiere la voz narrativa, participan de tonos y modalidades diversas: los hay humorísticos, muy divertidos, como el que da título al volumen que nos ocupa, *Manual para mujeres de la limpieza*, donde demuestra que sabe muy bien de lo que habla y se permite dar consejos a quienes se dedican al oficio que ella desempeñó durante un tiempo. Por ejemplo: *“Aceptad todo lo que la señora os dé, y decid gracias. Luego lo podéis dejar en el autobús, en el hueco del asiento”*. O: *“Como norma general, no trabajéis para las amigas. Tarde o temprano se molestan contigo porque sabes demasiado de su vida. O dejan de caerte bien por lo mismo”*. Hay muchos más, pero mejor que cada cual los busque en este relato cargado de ingenio, del que no me resisto a resaltar una frase como ésta: *“Las señoras siempre suben la voz un par de octavas cuando les hablan a las mujeres de la limpieza o a los gatos”*.

También hay en la producción de Lucia Berlin relatos de amor, de irresistible romanticismo, caso de *Bonetes azules*, en el que una mujer ya madura acepta la invitación de un hombre, un profesor del que ha traducido un libro muy abstracto de filosofía y lingüística, al que sólo ha tratado a través de misivas y llamadas telefónicas, a pasar unos días en su granja. Lo hace desoyendo lo que le dice su hijo: “–Mamá, no puedo creer que hagas esto. No sales nunca con nadie, y ahora te vas a pasar una semana con un desconocido. Podría ser un asesino con un hacha, no sabes nada de él”.

Así arranca este hermoso cuento que, en primer plano, narra magníficamente una aventura erótica, pero que, al ir ahondando en sus capas, nos habla de la soledad, de la necesidad de afecto, de la búsqueda de comprensión, de afinidad, de comunicación más allá de las palabras. “¿Qué era el amor?, se preguntaba María, estudiando las líneas de la cara de Dixon mientras dormía. Qué nos impide hacerlo a ninguno de los dos, amar”.

En la misma línea hay otra pieza inolvidable, *Toda luna, todo año*, en la que una profesora de español (idioma que la escritora dominaba muy bien) acude a pasar unas vacaciones en un complejo turístico de lujo, sola y desolada tras la muerte de su marido, y recobra el sentido de la vida gracias a la relación que entabla con un grupo de buceadores y al contacto sexual que mantiene durante una inmersión con su guía en la práctica del submarinismo. Mientras escribo soy consciente de que al contar así el argumento del relato puede parecer simple, incluso frívolo, pero nada más alejado del efecto que provoca la lectura, de su capacidad para hacernos partícipes de la recuperación de la dicha, de la alegría, de la celebración de la existencia por parte de la protagonista.

Este cuento, además, es muy especial, porque tiene continuación en otro de mis preferidos, *Penas*, de cariz claramente biográfico, donde dos hermanas (pocos relatos sobre hermanas tan reveladores, tan verdaderos como éste) se van juntas de vacaciones, al mismo lugar donde años atrás estuvo una de ellas. Acaba de morir la madre, una mujer atormentada, alcohólica, que les ha dejado traumas tremendos; la menor de las protagonistas ha sido operada de un cáncer de pecho y la mayor lleva en secreto su condición de bebedora. Necesitan hablar, olvidar los celos y diferencias entre ellas, reconciliarse... Y hay un hermoso acto de generosidad que tiene que ver con el buceo, con el descubrimiento de los fondos marinos y su poder sanador.

Lucia Berlin es capaz de destapar del todo el frasco de las emociones. Mientras la leemos no sentimos acariciados por una oleada de viento cálido o ateridos ante una helada. Podemos sentirnos abatidos o, al contrario, contagiados de vitalidad; agitados o en calma; sumidos en la tristeza o riendo abiertamente. Hay tensión y hay sutileza. Hay dulzura y agriedad. Hay dolor, mucho dolor; hay dureza en la lucha por la supervivencia que la autora pone de manifiesto en muchas de sus historias, historias que recibimos como auténticos mazazos. Hay situaciones de desigualdad, de marginación; relatos de violencia, de chicos destinados a convertirse en matones, de abusos sufridos por mujeres que se ven abocadas a abortar, a soportar humillaciones. Pero también hay abrazo, consuelo, comprensión y revelación, revelación de los momentos preciosos, de las perlas de la vida. ¿Acaso no se mueve toda gran literatura entre estos dos puntos? ¿Acaso no nos hacen sentir así, partidos en dos, conmovidos, todos los escritores que amamos y que nos ayudan a seguir adelante, a aceptar las enseñanzas del camino con sus llanuras y sus riscos afilados?

“Mamá, tú veías la fealdad y el mal en todas partes, en todo el mundo, en todos los lugares. ¿Estabas loca o eras una visionaria? Qué más da: no soporto la idea de acabar como tú. Me da mucho miedo. Estoy perdiendo el sentido de lo que es precioso, verdadero”, escribió la autora en la pieza *Panteón de dolores*. La madre es una presencia constante, una sombra alargada, en sus creaciones. Como os decía, Berlin está dentro de todo lo que narra porque lo ha vivido. Mucho de lo que cuenta ha acontecido en trayectos de autobús, en encuentros en lavanderías o mientras desempeñaba distintos oficios, oficios en ocasiones poco distinguidos, pero que para nada empañaban su grandeza como ser humano, como escritora capaz de mirar compasivamente a los otros y de enfrentarse a sus propias contradicciones. Así, la experiencia como recepcionista de hospital y ayudante de enfermería llevó a la autora a conocer muy de cerca la enfermedad, a reflexionar mucho sobre la pérdida.

“Una cosa sé de la muerte. Cuanto “mejor” es la persona, cuanto más cariñosa, feliz y comprensiva, menor es el vacío que deja su muerte”, leemos en *Apuntes de la sala de urgencias, 1977*, donde la narradora dice pensar en *“términos de muertes buenas o malas”* en función del afecto, de la compañía, de la cantidad de besos y abrazos que los que están en vías de irse reciben al final. *“Las muertes malas de verdad son cuando llegan hijos y parientes después de viajar desde lugares inaccesibles y ni*

siquiera parece que se conozcan o que sientan el menor aprecio por el difunto. No hay nada que decir. Se ponen a hablar de los preparativos, de qué habrá que hacer los preparativos, de quién hará los preparativos”, nos dice. Y hay otra pieza sobrecogedora, titulada Luto, donde nos encontramos con esta frase: “La muerte cura, nos dice que perdonemos, nos recuerda que no queremos morir solos”.

Especialmente cercanos, significativos, han sido estos relatos para mí en estos últimos meses. Muy especiales son aquellos en los que la autora narra, como ya decía antes, la estrecha, enriquecedora relación que mantuvo con su hermana en la etapa final de la enfermedad de esta, cuando estuvo a su lado día y noche. *Espera un momento* es una narración absolutamente deslumbrante, cargada de sabiduría, de la que no me resisto a transcribir este párrafo: “El tiempo se detiene cuando alguien muere. Por supuesto se detiene para ellos, quizá, pero para los que sufren la pérdida el tiempo se desquicia. La muerte llega demasiado pronto. Olvida las mareas, los días que se alargan y se acortan, la luna. Hace trizas el calendario. No estás en tu escritorio o en el metro o preparando la cena para los niños. Estás leyendo *People* en la sala de espera de un quirófano, o temblando en un balcón donde fumas toda la noche. Miras al vacío, sentada en el cuarto de tu infancia con el globo terráqueo sobre la mesa. Persia, el Congo Belga. El problema es que cuando vuelves a la vida normal, todas las rutinas, las marcas del día parecen mentiras sin sentido. Todo es sospechoso, una trampa para adormecernos, para volver a arrojarnos en la plácida inexorabilidad del tiempo”.

Así es. Así escribe Lucia Berlin. Su única voz se despliega en todas las voces. Su eco se convierte en coral. Su llanto y su risa son arrolladores. Sus relatos cubren sus tiempos y en esos tiempos nos reconocemos. Hay narraciones de infancia y de juventud. Hay escritos sobre el padre y la madre, que podrían ser páginas arrancadas de un diario, y también sobre los lugares en los que vivió. Genial en la descripción de paisajes geográficos y emocionales; en la recreación de atmósferas, cada historia participa de los ritmos, de la luz, de la naturaleza, de las costumbres, convenciones y conflictos del lugar en el que se desarrollan. Hay enamoramientos y rupturas también vividas. En varios escritos la autora recrea su propia biografía amorosa, la trasciende, le otorga esa hondonada existencial, esa autenticidad que tanto nos cautiva. Es así, por ejemplo, cuando da cuenta de arriesgadas decisiones, como la del día en que dejó a su segundo marido y en

compañía de sus hijos se marchó a México con el que habría de convertirse en el tercero y último, Buddy Berlin, del que tomó su apellido de escritora, un atractivo músico de jazz con el que vivió una relación feliz pero también traumática por la adicción de él a las drogas.

Intensidad y verdad son dos buenas palabras para acabar este artículo, pero no quiero poner el punto final sin citar otros tres relatos que me gustan especialmente. El primero es *Melina*, lo destaco porque parece sacado de *Las mil y una noches* y porque tal vez sea de los que más se alejan de la propia vida. Se trata del relato de una mujer seductora, misteriosa, turbadora, de la que se enamoran, a su manera, distintos hombres, y que tiene una ingeniosa resolución. El segundo, *Buenos y malos*, está ambientado en Chile y tiene que ver con la toma de conciencia social, con el alejamiento e indiferencia de las clases privilegiadas del padecimiento de los más desfavorecidos. La protagonista, trasunto de la autora en esos años juveniles en los que se codeó con la clase alta de la sociedad chilena, acepta, sin permiso de su padre, la tutela de una profesora comunista que quiere despertar en ella nuevas inquietudes y que le dice: “*Vivirás siempre paralizada por las normas, por lo que la gente te dice que deberías pensar o hacer*”. Aquí Berlin plantea un enfrentamiento ideológico y moral, dos modos de entender el mundo siempre en conflicto, de una manera muy interesante.

Y por último, me detengo en *A ver esa sonrisa*. Si alguien me dijera que le indicase un solo relato de este libro seguramente sería éste, y os aseguro que me resulta difícil, muy difícil escoger. Me gusta pensar que si a distintos lectores se nos pidiera lo mismo, la elección sería diferente en cada caso, lo cual resultaría muy enriquecedor, estimulante. Si me preguntáis por qué en mi caso me inclino por este cuento os diré que porque narra una historia de amor enigmática entre dos personas llamadas a sentir de un modo diferente; porque nos habla de la parte de nosotros que no conocemos, o que no mostramos; porque nos incita a saltarnos las reglas, a pensar y vivir sin convencionalismos, de acuerdo a nuestras convicciones más íntimas, porque nos anima a hacer cosas indebidas, a jugar, a ser un poco más rebeldes en todas las etapas de la vida, también en la madurez, comprendiendo que en el camino siempre hay riesgo.

Me encanta *A ver esa sonrisa* por todo esto y por tantas y tantas cosas más. Os animo a descubrirlo. No esperéis más a conocer a Lucia Berlin.

Aquí está. Así es. Así escribe. “Todos tenemos nuestros álbumes de recortes mentales. Planos congelados. Instantáneas de gente a la que amamos en distintos momentos”, nos dice en B. F. y yo, casi al final de este volumen que cierro sin ganas de acabarlo, deseosa de más. Hay en él muchas instantáneas, muchos fragmentos de vidas, muchas situaciones fugaces pero absolutamente capaces de quedarse grabadas en la memoria con la fuerza de su autenticidad.



http://www.playgroundmag.net/noticias/actualidad/consejos-escritura-Lucia-Berlin_o_1823217668.html

CINCO FABULOSOS CONSEJOS DE ESCRITURA DE UNA MADRE VIAJERA Y ALCOHÓLICA

Lit Hub publica una entrevista inédita a la aclamada narradora Lucia Berlin

Aunque su *Manual para mujeres de la limpieza* sea una novedad en todas las librerías del mundo, lo cierto es que **su autora no es nada nueva.**

Lucia Berlin —**una viajera empedernida, una madre tan entregada a sus hijos como al alcohol que inundaba sus venas, una vividora sin pelos en la lengua, a la que han comparado con Dorothy Parker o Ernest Hemingway**— murió hace ya 12 años, pero es ahora cuando su nombre y su obra comienzan a brillar.

Como ocurre con muchos de esos artistas que sólo logran la fama una vez muertos, de Lucia Berlin han empezado a desvelarse secretos y entrevistas en los últimos meses.

Hace tan solo una semana, de hecho, la revista **Literary Hub hacía pública una entrevista inédita a la autora**, elaborada por Kellie Paluck y Adrian Zupp, dos alumnos de la Universidad de Colorado donde Berlin dio una conferencia a finales de los años 90.

Durante ese alocado y divertido intercambio de pareceres sobre la escritura y las poéticas personales, Lucia Berlin soltó algunas buenas perlas. **Grandes experiencias y consejos para escritores novatos y no tan novatos, basados en su experiencia** como esa autora de relatos que hasta hace pocos conocían, pero que hoy ya es imprescindible:

1. Sobre cómo reconocer el impulso que te lleva a escribir:

«Es un placer hacerlo [escribir]. Es un lugar al que ir. Definitivamente, es el lugar en el que estoy, en el que me siento más honesta. Cuando empecé a escribir estaba sola. Mi primer marido me había dejado, estaba nostálgica, mis padres me repudiaron porque me había casado y divorciado muy joven. Así que escribía para irme. Irme a casa. A ese lugar donde yo me sentía segura. Escribo para crear una realidad.»

2. Sobre la necesidad de los escritores de ser leídos:

«Escribir es como contar un chiste. Si lo cuentas es porque quieres que alguien se ría.»

3. Sobre lo necesario que es saber afrontar las malas críticas:

«Si alguien me dice que tengo un trozo de espinaca entre los dientes, siento tanta vergüenza que quiero suicidarme. Pero si alguien critica mi forma de escribir, no me afecta, porque la escritura es mía. Así que estoy bien.»

4. Sobre qué tiene que hacer un escritor para aprender a escribir:

«Yo leo, y leo, y leo, y leo.»

5. Y sobre cuál sería el consejo más importante que Lucia Berlin le daría a un joven escritor:

«Oh, el más importante que yo daría —quizá porque este es uno que yo no seguí, llegando en algún momento a sentirme desanimada por la opinión de los demás— sería: aprende lo que puedas de una crítica, pero sigue dejándote llevar por tus propios sentimientos. Eso es muy, muy importante. Antes solía desanimarme, hasta que un día caí en la cuenta y me dije “ey, yo escribo para mí”, y entonces fue cuando empecé a no preocuparme por el resto. Creo que eso es lo más importante.»

